



Erasmo Zarzuela

Cuentos de la mina

Carlos Decker Molina (*)

“... los humanos nunca estamos solos. Vivimos acompañados de Dios y del diablo”, dice Víctor Montoya por medio de su abuelo en el cuento “El castigo del Tío”. De alguna manera esa expresión es la síntesis de todo el libro, que reúne dieciocho cuentos y un epílogo.

Víctor Montoya nos lleva otra vez a las oquedades de las minas bolivianas, quizás las más pobres del mundo y por consiguiente las menos seguras, y naturalmente las más misteriosas, pues en sus galerías moran, lado a lado, el minero y el diablo.

El diablo de las minas bolivianas, conocido como el Tío, es el supay quechua que no quiso entrar en componendas con el Dios de los colonizadores, por eso se recluyó en el interior de los cerros como guardián de las riquezas mineras. Es un dios travieso, juguetón, a veces bondadoso, pero sobre todo celoso. La tradición dice: quien no le rinde pleitesía se juega la vida.

Lo interesante de estos cuentos no es sólo su marco literario, sino su esencia periodística, pues son verdaderas crónicas de la vida de los mineros bolivianos, que lleva a los lectores a un mundo que ha dejado de existir en otras latitudes y que en Bolivia es una realidad lacerante, porque son enclaves de vida infrahumana en medio de un mundo que, por los falsos reflejos de la globalización, pareciera uniforme en su alta calidad de vida.

Montoya, a través de la literatura, nos recuerda la existencia de una vida miserable, donde los protagonistas buscan la felicidad de vivir a retazos, aunque para ello tengan que vender su alma al diablo, con las consecuencias de una doble esclavitud.

Víctor Montoya, en un tiempo en que la literatura ha dejado de ser la crónica social, nos vuelve la mirada hacia una realidad que a veces queremos olvidarla.

(*) Periodista boliviano. Autor del ensayo “La historia se escribe ayer” y actual secretario de redacción de Radio Suecia.



Zona Franca Oruro S. A

Reciprocidad e intercambio en el contexto socio-cultural boliviano

Una de las grandes conquistas del modelo capitalista es la expansión e imposición del liberalismo económico en gran parte de las naciones y países del globo.

Podemos identificar al interior de la teoría liberal dos concepciones diferentes que tratan la naturaleza económica humana, que como veremos más adelante, son determinantes en este contexto. Una primera encabezada por Adam Smith, considerado por muchos como el padre del liberalismo que concibe la naturaleza humana como fija. En la segunda tendencia encontramos a F. Fukuyama que se constituye como su representante principal en la que concibe al hombre como mutable en su naturaleza.

Agosto de 1985 se constituye en nuestro país como el principio de la aplicación del modelo neoliberal, donde se hace patente con mayor claridad dentro del contexto económico de la diversidad cultural, las contradicciones existentes entre la “reciprocidad” definida ésta como la reproducción del don (redistribución) de la cual es partícipe la comunidad, donde quien da más dentro de la comunidad, participa más del ser humano, de la solaridad con los otros, donde el “prestigio” es el movilizador ideológico del sistema económico de reciprocidad que genera el bien común y no así el provecho individual; y el “intercambio” que se define por la necesidad de “sí mismo” y que genera la propiedad privada.

Es por demás necesario tomar en cuenta que el liberalismo económico rompe con la naturaleza sea esta física y biológica que, además, está constituida por la variedad de ecosistemas que se ve afectada, hoy más que ayer, por la acción antrópica; la cual actúa tanto en los factores bióticos como abióticos que en gran medida permite el establecimiento estrecho de la interrelación de componentes, como el ambiente humano dentro el cual el ser humano, el “homo-economicus” opera las leyes socio-económicas.

Al respecto Francis Fukuyama dice: la democracia liberal, es decir la sociedad de mercado, simboliza el fin de la historia.

La desaparición de los rasgos culturales que hoy en día proclama el sistema, es producto de la homogeneización global de la cultura.

Entendamos y analicemos algo; no son nuestra comunidades ni nuestras culturas las que han evolucionado, sino que el sistema capitalista y la sociedad de mercado como mencionamos a un principio, se han expandido.

El imperialismo cultural de occidente es un orden nuevo que ha sido impuesto (vía uso de las armas o uso de poder económico) a culturas como las nuestras de una manera no natural. Por lo tanto las culturas originarias, en nuestro caso la cultura andina que está compuesta principalmente por Aymaras y Quechuas, mantienen gran parte de su “cosmovisión” que, durante 500 años de intentos genocidas, etnocidas, economizadas, etc., les ha permitido sobrevivir gracias al mantenimiento y transmisión de sus conocimientos ancestrales, los mismos que en el presente están siendo revalorizados y en el mejor de los casos rescatados, (incluso por aquellos que iniciaron el Apocalipsis) con el fin de encontrar soluciones para un mundo mejor, frente a largos siglos de depredación sociocultural y económica.

Félix P. Tellez Nava
Egr. Antropología U.T.O